

SOBRE UN USO DEL VERBO «FILOSOFAR»

¿Por qué del sustantivo «filosofía» se ha derivado un verbo, «filosofar», y en cambio no ha resultado fecunda en el plano verbal la palabra «ciencia»? ¿cuestión al parecer de tan escaso tomo, a poco que pensemos en ella, se nos presentará como difícil y compleja. Aparentemente se trata de explicar un hecho meramente lingüístico; eso parece confirmar la existencia de múltiples perífrasis expresivas de la acción verbal correspondiente al nombre «ciencia» («proceder científicamente», «hacer ciencia o investigación científica», «ser hombre de ciencia», etc.) y, sustituyendo la ciencia por alguno de los caracteres expresos en su definición, «sistematizar», «generalizar», «universalizar», «buscar las causas», «razonar», etc. Sin duda no expresan estos verbos adecuadamente todo el contenido de «la ciencia»; pero cada uno recoge alguna de sus notas, haciendo incluso posible la expresión de todas verbalmente. Por otra parte, ni el «filosofar» en su acepción más corriente responde adecuadamente al proceso de «hacer filosofía».

La cuestión parece resuelta sin salirse de lo filológico, si se añaden a lo anterior ciertas razones de pura fonética y de historia y de semántica: la dificultad de formar un verbo bien sonante sobre la voz «ciencia»; la máxima antigüedad de la filosofía y su vigencia durante siglos como enciclopedia de todos los saberes y en especial del «saber de lo más difícil», lo cual pudo influir en que se llamara «filosofar» a toda inquisición profunda. Si luego, en el Renacer, los estudios de la Naturaleza proliferan y entran por vías nuevas hasta reconocérseles unánimemente en el siglo XVIII su independencia total de la filosofía, esto no será obstáculo para que «filosofar» siga siendo sinónimo de disquisición profunda y saber sobre lo más difícil. Con el criticismo y el positivismo, la filosofía

pierde su puesto reconocido de reina de los saberes y hasta al vulgo llegan rumores de las maledicencias de los «sabios» sobre las inmoderadas y fracasadas pretensiones de la filosofía; además se ponen de moda sistemas filosóficos abstrusos, poco respetuosos con el sentido común, al cual incluso expresamente se llegó a contraponer la filosofía; como réplica, el sentido común del vulgo seguirá llamando «filosofar» al saber de lo difícil; pero poniendo en la palabra cierto matiz de inutilidad, de pretensión fantasiosa o fantástica, que se subraya cuando así se quiere con una ironía o con una sonrisa.

A la ciencia moderna, cuyos resultados prácticos son inmediatos y tangibles, y cuyos métodos positivos están reñidos no ya con todo fantasear, sino incluso con cualquier apariencia de fantasía, no se la puede tratar así: o se procede *científicamente* al estudio de cualquier realidad positiva y entonces se hace ciencia, o no se hace ciencia por no proceder científicamente; mientras que en el plano filosófico cabe proceder filosóficamente, al menos según las apariencias, en el estudio de una realidad, sin que el resultado sea estricta filosofía.

Por los motivos alegados, cuando la «ciencia» se forma y traza fronteras bien precisas frente a la filosofía, «filosofar» ha llegado a tener para casi todos un sentido despectivo a veces, otras veces de esfuerzo que aun en el mejor de los casos no toca el límite ni ahorra la repetición de futuros esfuerzos encaminados a presentar y solucionar con novedad el mismo problema; es la diferencia chocante que, con Descartes, hasta el vulgo descubre entre filosofía y ciencia. En nuestra lengua, aun la materialidad de la voz «filosofar», su proceso derivativo, tiende a sugerir un hacer impreciso que admite sin rigor el «poco más o menos», el parecido, la mera semejanza suplantadora del auténtico «hacer filosofía»; sin duda no nació la palabra de tal intento despectivo, ni aún con él, pero no podemos negar que, para los no filósofos, éste es hoy generalmente su sentido. Frente a la «ciencia», por el contrario, nunca se reaccionó en este sentido; y así, proceder científicamente o es «hacer ciencia» o no es en verdad ni en modo alguno «proceder científicamente».

Es indudable que nos hemos salido sin notarlo del campo puramente filológico, y que las mismas consideraciones semánticas que acabamos de hacer nos lanzan fuera de él, al plano superior de la relación y de las diferencias entre «el hacer filosófico» y el «hacer científico». Sin embargo, para esquivar el peligro de perdernos en el terreno de la mera sugerencia o del antojo subjetivo a que se presta el tema tratado desde un punto de vista puramente ideativo o lógico, insistiremos en plantear el problema en el terreno de los hechos; esta vez en el de la experiencia psicológica e histórica: ¿por qué alguien sintió en determinada cir-

cunstancia la necesidad o conveniencia de crear el verbo «filosofar», y por qué nadie ha sentido—apesar de estar apuntado en lo anterior—la necesidad de formar un verbo sobre la palabra «ciencia»? ¿por qué usa el verbo «filosofar» cada uno de los que lo usan y por el contrario no siente necesidad de inventar un verbo analógicamente formado sobre la voz «ciencia»?

Este motivo psicológico, cualquiera que sea, por el cual se explica suficiente y exclusivamente tal anomalía, motiva o es motivado—según los casos—por una concepción determinada de lo que es Filosofía y de lo que es Ciencia. Podríamos en consecuencia traducir el problema a términos históricos: ¿cómo determinadas concepciones—las comprobadas por la historia en los varios autores y en las varias épocas—de la Filosofía y de la Ciencia explican la formación de un verbo, «filosofar», sin parejo en el dominio de la Ciencia?

Creemos que cualquiera de estas dos formulaciones recogen todo el contenido del problema, son respecto de él transformaciones equivalentes; teniendo la ventaja de indicar además muy precisamente los caminos por donde debe discurrir su solución, supuesto que se parta del dominio de los hechos. El problema planteado de cualquiera de estos modos no admite una solución general, sino una multiplicidad de soluciones parciales valederas para los diversos autores y sistemas; se debería por tanto fijar el concepto de filosofía y de ciencia en cada uno de ellos, para deducir luego, como un mero corolario, el sentido impar del verbo «filosofar»; o, también, se podría investigar expresamente los usos que de tal verbo se hacen para de aquí inducir un concepto de «filosofía» y «ciencia» que lo justifique y que, si hay lógica, coincidirá con sus definiciones expresas.

Refiriéndonos concretamente a nuestra época—sobre la cual pesa una enorme carga de historia, mucho más decisiva por nuestra pretension de aprovechar todo el pasado filosófico que por nuestra posición en el tiempo—, nos preguntaremos: ¿qué entendemos hoy por «filosofar»? ¿cómo y hasta qué punto nuestra concepción de lo que son la filosofía y la ciencia justifica el uso impar de un tal verbo en el plano de la filosofía y no en el de la ciencia?

Finalmente, superaremos el «historicismo» de estos planteamientos, que pueden dar cobijo a un relativismo escéptico, despojando al verbo «ser» de todo carácter temporal o traduciéndolo a términos de «deber ser»; pues que esto—aquí la definición—«son» o «deben ser» la filosofía y la ciencia, ¿en qué sentido es un concepto impar el verbo «filosofar»? ¿o es que no lo es en ningún sentido, o lo es sólo por una limitación fáctica, no fundada en esencias, es decir, por un inadecuado conocimiento del dominio de la ciencia? También podemos proceder inversamente partiendo del concepto de «filosofar»: el verbo «filosofar» se usa

como concepto que, con tal o cual sentido, no tiene par en el dominio de la ciencia; ¿se justifica esto dentro de la concepción adecuada de lo que «son» o «deben ser» la filosofía y la ciencia? ¿o es sólo un hecho no justificable, un uso que se mantiene únicamente porque no se han planteado aun ciertos problemas que puedan hacer necesaria la formación de un verbo análogo en el dominio científico, o de una perífrasis la cual, mal que bien, haga sus veces?

No se nos puede negar el derecho a realizar las anteriores transformaciones, fundadas en estricta lógica; siendo sólo discutible el salto al planteamiento último en términos de «deber ser», de universalización supratemporal, fundada en esencias. Con ello suponemos o, mejor, damos por lograda previamente, la superación de toda concepción relativista o historicista de la filosofía.

Planteado el problema convenientemente según creemos y, además, multiformemente para mejor subrayar su complejidad y riqueza de contenido, adelantamos nuestra solución, que luego deberemos discutir y ampliar tomando en cuenta los demás planteamientos.

«Filosofar», en el sentido de proceso psicológico o lógico por el que se obtienen verdades filosóficas, tiene su correlato en múltiples perífrasis expresivas del «hacer científico».

«Filosofar», en el impreciso sentido de pensar con hondura y razonar prolijamente, agudamente, «cabilosamente», no tiene par entre los derivados de «ciencia», por diversos motivos: destaquemos primeramente cómo la aplicación de un método científico, a la investigación de una realidad cualquiera por él asequible, engendra ciencia tanto subjetiva como objetiva; termina siempre en y dentro de la ciencia. En el orden filosófico, por el contrario, no se cumple este proceso; el uso de un método filosófico—al menos aparentemente—a la consideración de una realidad o concepto cualquiera, no siempre aboca inmediatamente a un conocimiento filosófico, aun cuando sea verdad que sobre cualquier realidad puede recaer una consideración en algún sentido filosófica.

En segundo lugar, la filosofía como saber de totalidad y ultimidad, como forma sapiencial que, además, cristaliza en una concepción del universo, se traduce subjetivamente en una aptitud, que es una actitud ante la totalidad de las cosas y de los quehaceres vitales. Esta actitud, al enfrentarnos con realidades y quehaceres cuya consideración, por nimia, no interesa comúnmente para los resultados de la filosofía, puede sin embargo movernos o a investigarla con un método estrictamente filosófico, o simplemente a esclarecerla de un modo no filosófico pero sí profundo, fino, sutil, nimio—¿cómo que, quiera o no, la cabeza que investiga es un filósofo o un pensador que sin saber filosofía se ha adueñado de los métodos filosóficos y, sin remedio, lo verá todo a través de su cabeza filosóficamente conformada?—. En el segundo caso, no se hace con rigor filosofía, pero

hay un poso filosófico, un eco, una matización, una formalidad que nos recuerda a la filosofía; en el primer caso, hablando con rigor se hace filosofía, pero de tan escaso alcance teórico que los especialistas filósofos se desdeñan de ocuparse con ello como con estricta filosofía. En este sentido podría decirse que nosotros estamos «filosofando» en torno al verbo «filosofar»; podríamos decir que en ambos casos se trata más bien de una aplicación ya de la actitud filosófica, ya de la misma filosofía, a finalidades en rigor extrafilosóficas. Sin hacer filosofía, filosofamos.

También las ciencias, en cuanto cerrando los oídos a un saber superior—la filosofía—, que las critique y las colme y las fundamente y las corone, se atreven a formular la pretensión de ser saberes suficientes, y en cuanto de este o cualquiera otro modo llegan a motivar una actitud ante las cosas y la vida, pueden llevarnos a discurrir sobre temas no científicos con engañosa hondura; engañosa decimos, porque no lo es en puridad aplicar métodos que resultan inadecuados para captar las aludidas realidades. Estos procesos, paralelos de los que designamos con el verbo «filosofar», parece que podrían designarse adecuadamente con un verbo formado por analogía sobre el concepto de «ciencia»; más no es así, sino que de hecho y con pleno derecho los comprendemos también en el «filosofar»; porque, o bien en tales casos nos salimos de la ciencia e invocamos principios filosóficos, o nos incapacitamos para cumplir convenientemente nuestro intento.

En general, todo saber que cristaliza en una concepción del universo y consecuentemente comporta una actitud ante las cosas y la vida, cualquiera que sea su cualificación, nos pondrá en análoga coyuntura; pero el proceso siempre caerá de algún modo bajo la modalidad del «filosofar»; aunque, hablando con rigor, no siempre sea esa su denominación más adecuada; cuando la luz propia del saber nuclear de la concepción del universo sea inferior a la que se precisa para convenientemente alumbrar los problemas en cuestión, estaremos «filosofando», usando de la luz suficiente proporcionada por la filosofía; cuando nos alumbré una luz superior, diremos con más rigor que discutimos los problemas y nos asomamos al mundo y a la vida con o bajo esa luz superior, por ejemplo, bajo la luz de lo divino.

Ciertos corolarios resultan de lo anterior: que la aparente imprecisión del verbo «filosofar» usado como sinónimo de todo pensar profundo, sutil, extraño, puede y debe deshacerse asignándole un sentido más preciso y profundo que ya hemos aquilatado; que la existencia de un verbo «filosofar», sin par en el plano científico, es un hecho plenamente justificado dentro de nuestra concepción de la filosofía; que, sin embargo, no puede alegarse como una diferencia originaria entre filosofía y ciencia, sino a lo más como un indicio o una confirmación, ya que sólo se puede justificar este hecho diferencial suponiendo establecidos y bien diferenciados los conceptos de ciencia y filosofía.

SALVADOR MAÑERO Y MAÑERO